

CAPILLA ALEXANDINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EL DIVORCIO

EL DIVORCIO



Querido lector: Quizá lo que voy á referirte lo habrás escuchado ó leído alguna vez; pero eso me tiene muy sin cuidado, porque recuerdo una de las máximas famosas del Barón de Andilla, que dice:

«Si alguien te cuenta algo, es grosería decirle: por supuesto, lo sabía.»

Y como yo estoy seguro de tu buena educación, y además este cuento puede serte de mucha utilidad, prosigo con mi narración, seguro de que, si la meditas, me la tendrás que agradecer más de una vez en el camino de tu vida.

*
**

El león, como es sabido, es el rey de los animales cuadrúpedos: llegó á cansarse de la leona, su casta esposa, y buscando medios de repudiarla, ó cuando menos de pedir el divorcio, vino á descubrir que el mal aliento de la regia dama causa era, según la opinión de distinguidos jurisconsultos de su reino, más que suficiente para pedir la separación y quedar libre de aquel yugo matrimonial que tanto le pesaba.

Un día, cuando menos lo esperaba la augusta matrona, sin ambages ni circunloquios la dijo el león, que no por ser monarca dejaba de ser animal:

—Mira, hijita, que yo me separo de ti desde hoy, y voy á pedir el divorcio porque tienes el aliento cansado, con un si es no es tufillo de ajos podridos.

La leona, que con ser animal no dejaba de ser hembra, sintió que el cielo se le venía encima, no tanto por lo del divorcio, cuanto por lo de aquel defectillo que en los banquetes y bailes de la corte podía, sin duda, ponerla en ridículo.

—¿Que tengo el aliento cansado?— exclamó tartarrugiendo de ira.—¿Que tengo el aliento cansado? Eso no me lo

pruebas tú, ni ninguno de los de tu familia; que las hembras de mi raza hemos tenido siempre el aliento más agradable y oloroso que carne de cabrito primal.

—No me exaltes—contestó el león— que yo estoy seguro de lo que digo, y te lo puedo probar, no por mi dicho, sino por el de todos nuestros vasallos.

—Que vengan—dijo con exaltación la leona,—me sujeto á la prueba; y á ver si hay bestia que tal calumnia pueda sostener.

Seguro el león de su triunfo en aquel juicio pericial, citó para el segundo día, y con acuerdo de su real esposa, á los principales personajes de la corte; y los dos consortes pasaron la noche en cuevas muy apartadas para evitar una escena matrimonial, peligrosa en aquella ocasión en que la monarquía no estaba de lo más bien asegurada.

*
* *

Tan madrugador anduvo el pollino y tan temprano se presentó en palacio, que todavía estaban durmiendo los reyes; pero salió el sol, que también era otro

rey, y sus majestades anunciaron que estaban ya visibles y que iba á comenzar el juicio.

Por supuesto que la leona había cuidado de lavarse muy bien con verdadero jabón de los *Príncipes del Congo*, que tanto existía entonces como ahora, y había hecho enjuagatorios con elixir de jugo de patatas frescas.

Presentóse el asno, é instruído por el león de lo que debía juzgar y sentenciar, introdujo sus narices en las regias fauces que, con democrática humildad, abría la leona: aspiró dos ó tres veces, y en seguida, adivinando el pensamiento del monarca, y después de haber hecho ese gesto que le es característico, arrugando la nariz, levantando el bello superior de un lado, enseñando los dientes y mirando al cielo con un ojo, dijo con acento dogmático:

—Huele mal.

El león inclinó majestuosamente la cabeza, y el borrico salió reculando de palacio por no mostrar á sus majestades la cola ú otras cosas. Pero no había caminado veinte pasos, cuando la leona, pretextando cualquier negocio, salió por

una puerta excusada, y en un decir Jesús lo hizo cuartos, y volvió después tranquilamente á la sala del trono.

Tocóle su turno al caballo, que entró con un aire de energía y con un desdén espartano, como diputado de oposición, y llegóse á oler á la reina consorte: aspiró, respiró, repitió la operación, y en seguida, con una energía catoniana, exclamó:

—Aliento puro, y sin dejo de ninguna especie.

No bien acabó de decir esto, cuando ya el león había saltado sobre él, y con garras y dientes le dejó tan muerto como si nunca hubiera existido.

Naturales habían sido aquellas escenas dado el carácter de los personajes que en ellas habían intervenido, cuyos caracteres ha estudiado tan acertadamente el famoso P. Valdecebro en su tan curiosa como científica obra que tituló: *Gobierno civil y político de los animales*, y en donde pueden aprenderse muchas cosas que tienen la doble ventaja de ser tan curiosas como falsas.

Llególe su turno al mono, y presentóse entre gracioso y tímido, queriendo

hacer al mismo tiempo el cortesano y el calavera; acercó las chatas narices á la boca de la esposa del monarca, y con una sonrisilla de orgullo, al par que de benevolencia, dijo dirigiéndose al león:

—Á veces huele mal, y á veces bien.

Pero en mala hora lo dijo, que aun no había acabado la frase cuando medio mono se llevaba en sus garras el rey, y el otro medio la reina.

Y siguió el juicio con todos aquellos antecedentes de la independencia y libertad del poder judicial.

Entró la zorra, hizo tres genuflexiones, escuchó atentamente lo que de ella se exigía, aguzó el hocico y metió, no la nariz, sino toda la cabeza, hasta el esófago de la reina; estuvo así dos ó tres segundos, y después, sacudiendo las orejitas y mirando al monarca unas veces, y otras á la reina, dijo haciendo un gesto de contrariedad y de disgusto:

—Tengo catarro.



PROBLEMA IRRESOLUBLE



PROBLEMA IRRESOLUBLE

«Juanita no sabe servir, pero es muy lista y aprenderá pronto.

»Blanca estará muy contenta con su doncella galleguita, porque dentro de dos meses le será muy útil, pero es preciso desasnarla.

»Queda cumplido su encargo, y yo me repito su seguro servidor y capellán, que besa su mano,—*Blas Padilla.*»

Así terminaba la carta de recomendación con que Juanita había llegado á casa de Emilio. Porque Emilio encargó una chica á Galicia para que sirviera de doncella á su mujer.

Emilio y Blanca estaban en la luna de miel, y á Blanca, como á todas las recién casadas, le sobraban muchas horas del día, y era para ella una diversión enseñar á Juanita y estudiar la sorpresa que le causaban todos los refinamientos de la civilización.

Apenas podía la chica comprender que algunas veces llegara un hombre á arreglar las uñas de las manos á su señorita, ni que todos los días viniera una mujer expresamente á peinarla; pero lo que más le asombraba era el teléfono, y al tercer ó cuarto día de estar en la casa la sorprendió Blanca en el aparato, teniendo una trompetilla en la oreja y hablándose á sí misma con la otra.

Pero rápidamente, con esa educabilidad y esa aptitud de asimilación que tan en alto grado poseen las mujeres, Juanita vestía como las criadas de Madrid; hablaba á su señorita en tercera persona; cantaba todo lo que oía tocar en los organillos y lucía, como una pulsera de oro, esa cinta negra con que se oprimen la muñeca de la mano derecha las chicas que por planchar mucho sufren en esa parte del brazo.

Juanita había dejado en su pueblo un novio; á un novio á quien quería de todo corazón, como quieren los que no tienen otra cosa con que ocupar su cerebro, y el novio Nicolás había prometido escribirla. Juanita esperaba con impaciencia aquella carta; pero, por su desgracia, la chica no sabía leer y vacilaba entre el placer de recibirla y el disgusto de tenerla entre las manos, anhelando por conocer el contenido; de modo que unas veces deseaba la llegada de la carta y otras tenía miedo de recibirla.

Por fin, una tarde la señorita le dijo:

—Juanita, aquí tienes una carta de tu pueblo.

Y Juanita se puso tan encendida de vergüenza, que Blanca comprendió en el acto que era de un novio y no de la familia; pero no quiso decirla nada.

Toda la tarde y toda la noche estuvo la chica desesperada; miraba la carta, le daba vueltas, intentaba abrirla y en seguida se arrepentía. ¿Qué le diría Colás? ¿La querría mucho? ¿Le daría alguna mala noticia?

Aquello la preocupaba de tal manera, que apenas pudo dormir. Bien podía, y

así lo comprendió, darle la carta á alguna persona que se la leyese. Pero ella no tenía confianza más que con la cocinera, y la cocinera no sabía leer.

A la mañana siguiente, Blanca le dijo: —¿Qué te dicen de tu casa? ¿Están buenos?

Juanita no sabía mentir todavía, y como aquella pregunta la sorprendió, contestó sencillamente:

—No he leído la carta.

—¿Qué! ¿no sabes leer?

—No, señorita.

—¿Por qué no te la ha leído alguna de las otras criadas?

—Porque me da vergüenza.

—¿Quieres que yo te la lea?

—¡Ay! ¡sí! Pero ¿cómo se va á enterar la señorita de lo que me dicen?

—Te ofrezco que no me entero—dijo riéndose Blanca.

—Pero ¿cómo no se ha de enterar la señorita? Cuando oiga yo lo que dice, también lo oirá la señorita.

—Pues chica, eso no tiene remedio.

—Sí tiene; pero me da miedo decírselo á la señorita, no se vaya á enojar conmigo.



—No me enojo. Dímelo.

—La verdad, no; no lo digo.

—Mira, te lo mando yo.

—Pues lo diré. Si la señorita fuera tan buena de leerme la carta, para que la señorita no la oyera le taparía yo las orejas.

Blanca se echó á reír con tanta franqueza y tanta alegría, que Juanita estaba azorada; pero después de haberse desahogado riéndose á toda su satisfacción, dijo Blanca:

—Muy bien. Haremos lo que tú dices; dame la carta; colócate detrás de la butaca y tápame los oídos.

Juanita entregó la carta. Tapó con sus dos manos los oídos de Blanca, y con una fisonomía de infantil atención, como un pájaro que oye tocar un violín ó una flauta, escuchó la lectura, interrumpida á cada momento por las alegres carcajadas de la lectora.

Colás la seguía queriendo: se acordaba mucho de ella, sobre todo cada vez que miraba salir la vaca ó la burra que ella tenía costumbre de sacar al campo; le encargaba que no le olvidara; que procurara ahorrar algunos cuartos para ayuda del casamiento, y, sobre todo, que no dejara de contestarle.

Terminó la lectura de la carta: doblóla Blanca, y como ya Juanita le había destapado los oídos, preguntó fingiendo la más profunda ignorancia:

—¿Oíste bien?

—Sí, señorita.

—¿Y qué te dicen? ¿Están buenos?

—Están bien todos; pero me encargan que conteste.

—¿Y cómo vas á contestar si no sabes escribir?

—Pues yo no sé qué haga.

—Óyeme: si quieres yo escribiré; pero has de pensar un modo de que yo no me entere de lo que escribo.

—¿Y cómo será eso?

—Pues así; como inventaste la manera de oír leer la carta sin que yo la oyera; y te prometo que haré lo que me digas.

—¿Qué buena es la señorita! Pues voy á pensarlo—y salió de allí contentísima, dando vueltas en la memoria á las palabras de Colás.

*
*
*

Muchos días pasaron, y mucho caviló la pobre chica; pero no ha llegado á descubrir el modo de que la señorita pueda escribirle á Colás sin enterarse de lo que ella le diga.

